

Noviembre de luto

Tom Piccirilli

Traducción:
María Vall Personat



A Jack Cady,
otro de mis padres,
al que echaré muchísimo de menos.

Y a mi esposa Michelle.

Agradecimientos

Se lo debo todo por su amistad, apoyo, aliento e inspiración a lo largo del proceso de escritura de esta novela a: Gerard Houarner, T. M. Wright, Patrick Lussier, Stewart O’Nan, Dallas Mayr, Lee Seymour, Bill Pronzini, Tom Monteleone, Ray Garton, Caniglia, Graham Masterton, Michael Bishop, Al Sarrantonio, Gary A. Braunbeck, Brian Keene, Rich SanFilippo, Tim Lebbon, Thomas Ligotti, Mick Garris, Dean Koontz y Thomas Tessier.

Muchas gracias a Ed Gorman, por enviarme todas esas cajas de maravillosos libros. ¡Auténticas reglas de oro!

Y mi más especial agradecimiento a mi editora, Caitlin Alexander.

Su sangre siempre le había estado susurrando aunque él no hubiera querido escucharla.

Shad se despertó de pie, encima de la litera, mirando fijamente a la pared de cemento. Se esforzaba por ver en la oscuridad de la galería del bloque C. En un pálido destello, las manos de su hermana lo arrastraban hacia los barrotes de la celda.

—Mags —dijo. Abrió la boca para decir algo más, pero tuvo miedo de que solo saliera un quejido. A veces, la profundidad de la noche te escondía de tus miedos, pero otras veces los traía directos a tu cama.

Apretó los dientes, gruñó su nombre otra vez, desde lo más profundo del pecho. En la vida era demasiado fácil sucumbir al dolor. Solo era preciso un instante para dejar entrar las penas y la avalancha nunca terminaría.

Su padre le había llamado a mediodía para decirle que Mags había muerto y ahora ella estaba allí, visitándolo. Pero ¿por qué allí en el pasillo y no a su lado? Esperó a que ella se acercara y así poder hablar con él, decirle quién le había hecho aquello.

Si un familiar tiene algo que decirte, irá detrás de ti, no importa lo lejos que tenga que viajar. Incluso aunque tu hermana ya no tenga una boca por la que hablar.

Bajó de la litera y las manos se desvanecieron en las sombras como si se hubieran asustado. Como si la hubieran empujado.

—¿Mags?

Entonces la llamó mucho más fuerte.

—¡Megan!

En la galería había ojos brillantes. Debía haber pasado así un buen rato, gritando y andando en sueños. Los otros presos estaban de pie contra las rejas de sus celdas mirándolo fijamente, en silencio, excepto unos cuántos mexicanos que estaban rezando.

El calor que siempre se instalaba en su nuca ahora quemaba con mayor intensidad y había despertado la cólera en su interior. Protector y cariñoso, alargó la mano y se tocó los labios. Sonreía como un imbécil, pero había lágrimas en su cara.

Primera parte
Sueños sangrientos

Siempre se puede volver a casa, la cuestión es no tener que arrepentirse luego. Las llamas iluminaban la orilla del río Chatalaha que serpenteaba a través de las montañas en blancos torrentes. Los arroyos anaranjados y dorados arrastraban las rocas con las que, siglos atrás, los indios habían lapidado a sus viejos en las llanuras.

Después de casi dos años en prisión, Shad Jenkins había regresado al pueblo de Moon Run Hollow y había topado con la primera de las típicas hogueras que los jóvenes, como él bien sabía, hacían en el campo. Pensó que allí se encontraría con todos los que pudieran estar interesados en su historia, que la contaría una sola vez y que ya habría terminado todo.

En los veintiún meses en los que había estado fuera nada había cambiado excepto que Mags había muerto.

Podría haber pasado fuera dieciocho años, como hizo su padre y, aun así, entrar en el bar de la carretera y ver los mismos rostros grises inclinados sobre la gastada barra, haciendo vaho al respirar sobre los rayados vasos de licor. Hombres contando las mismas historias mediocres que planeaban por la zona como los cuervos

que nunca toman tierra, pasando inexorablemente de una voz ronca a otra.

Los padres pasaban sus cansadas historias a los hijos y nietos del mismo modo que les legaban sus panzas, sus alambiques picados y sus bolsillos vacíos, las chabolas construidas en caravanas, tres acres de tierra rocosa y su gusto por la cerveza sin gas caliente y el licor casero. En unas pocas generaciones había pasado de ser algo puramente tradicional a ser algo puramente genético.

Sabían que nunca podrían tener nada de lo que deseaban. Necesitaban una trágica historia para poder dar sentido a sus vidas.

Shad salió de la oscuridad y caminó por el claro hasta encontrar el grupo de todoterrenos y camionetas que habían llegado atravesando el monte, con las luces encendidas hacia los matorrales. Puede que un total de cincuenta personas, de los cuales la mitad pasaban droga o estaban enganchados a las anfetis y la Ritalina¹ machacada.

Jake Hapgood se acercó a la nevera portátil y le ofreció a Shad una cerveza como si se hubieran visto hacía veinte minutos. Jake era uno de los pocos chicos espabilados de Moon Run Hollow. De un metro ochenta, con las botas camperas puestas. Llevaba cazadora de pana y unos vaqueros negros ajustados; el pelo negro peinado con un estilo desaliñado muy cuidado y con un tímido tupé.

¹ N. de la T.: La Ritalina (metilfenidato) o Ritalin es un medicamento muy potente de la familia de los anfetamínicos que puede crear adicción y que habitualmente se prescribe a niños con trastorno de déficit de atención e hiperactividad.

Cuando fumaba le gustaba chasquear el Zippo en su trasero, encender el cigarrillo, dejarlo colgando de su labio inferior y echar un vistazo en derredor para ver si alguna chica estaba mirando. Ahora se conformaba con mascar una ramita de hierba. Cuando lo hacía, desbordaba un encanto infantil que él se ocupaba de cultivar hasta el límite.

Shad echó un vistazo. La única mujer que estaba por la zona era Becka Dudlow, la esposa del reverendo. Tendría algo más de cincuenta, unos dientes horrorosos y unos pezones permanentemente erectos que juzgaban severamente a cualquiera que los mirara. También era la principal proveedora de coca y anfetaminas del pueblo, aunque Shad nunca había sido capaz de imaginar de dónde sacaba la mercancía. Siempre había tenido algo que ofrecerle a Jake, desde que le daba clases de catecismo.

—Si quieres algo un poco más fuerte —le dijo Jake—, Luppy Joe tiene un par de jarras de licor casero por ahí.

La boca de Shad se secó solo de pensar en el fuerte sabor del licor; un temblor le recorrió el estómago. A veces podía llegar a necesitarlo tanto que era mejor mantenerse alejado.

—Lo único que he probado en dos años es un licor de ciruelas que los presos destilaban en los baños.

—¿Y qué tal?

—Hay quien decía que era lo más fuerte que había probado nunca mientras se dejaba caer en la litera con una risita estúpida. El licor de Luppy los hubiera tumbado de un solo golpe.

—¡Joder! —dijo Jake mientras le echaba una ojeada a Shad—. Tienes buen aspecto. Pensaba que estarías

pálido y tembloroso, pero tienes mejor color que yo y eso que me paso las tardes al aire libre. Habrás aumentado unos cinco o seis kilos y estás fuerte. Te sienta bien.

Masticó la ramita con los dientes de atrás y la hizo girar de un lado a otro mientras Becka Dudlow la seguía con la mirada.

—¿Cómo coño se consigue engordar comiendo esa mierda de comida de la cárcel? Nunca me imaginé que el trullo sentara bien a nadie.

—Y no sienta bien.

—Pero, a ver, ¿de qué va esto? ¿En eso se gastan mis impuestos, en que tú tengas mejor pinta que yo?

—Tampoco hice gran cosa —dijo Shad—. Me dejaban leer muchos libros.

—Ajá, así que lo único que has hecho en dos años ha sido leer. Desarrollar la mente.

—Más o menos.

Era la típica historia que sonaba falsa, pero que era verdad. Todos los del pueblo estarían esperando que les contara historias de apuñalamientos en las duchas donde los maricones de turno intentaban encularlo uno tras otro. Les podía contar lo que quisiera y llenar sus cortas mentes de historias. El resto se lo guardaría para cuando llegara la hora de la verdad.

El cielo se volvió rojo y luego negro. Se volvió hacia las montañas intentando concentrarse. Un suave y peligroso calor empezó a enroscársele por el cuello. Arriba, en el bosque, una vaga figura, sin una forma clara, lo miraba. Luminosas amenazas revoloteaban alrededor de la tenue y dolorida aura. Allá arriba había alguien pensando en él, concentrado en él.

Jake emitió una suave risita, el mismo murmullo que hacía cuando sus labios presionaban el cuello de alguna chica.

—Me sorprende que los de Comercio no te ofrecieran un trato.

—¿Por qué iban a ofrecerme nada?

—Por aquí eres algo así como un héroe.

Claro, solo que nadie había ido a visitarlo y solo le había escrito Elfie. Tres cartas al principio, hasta que se hizo demasiado duro para los dos.

—Si vas a dar por saco a alguien —dijo Jake—, asegúrate de que sea una escoria como Zeke Hester. Hiciste lo que debías. El reverendo Dudlow dio un bonito sermón por ti. Hizo que toda la congregación llorara y que se pusiera de tu parte. Le gusta que la gente dé una lección a los indeseables.

Su voz se convirtió en un murmullo, pero todavía era lo bastante fuerte como para que Becka pudiera oírle.

—Le da esperanzas de que un día pueda darle una paliza a su mujer y que luego lo alaben en el altar por ello.

No había cambiado nada, excepto que Mags había muerto. Shad lo recordaba continuamente y el ritmo de su corazón aumentaba mientras se preparaba para lo que estaba por llegar.

—Pues eso, no te sorprendas si la gente te da palmaditas en la espalda.

Es algo que no sucedería nunca, pero Jake hizo que sonara posible. Esa soberbia que tenía hubiera hecho que pasara diez años en la cárcel sin el más mínimo problema y que lo mataran justo media hora antes de ser puesto en libertad.

—Mi viejo les contó a todos la historia —dijo Shad, y de pronto sintió la necesidad de hablar con su padre—. Creo que de algún modo estaba orgulloso de tener un preso en la familia. Le hizo sentirse superior por una vez en la vida. Creo que es lo que más necesitaba.

—¿Ya lo has visto?

—No.

Jake asintió con la cabeza, escudriñando al grupo en busca de alguien que se alegrara lo más mínimo de ver a Shad después de tanto tiempo. Se creó un momento de delicada tensión. Jake quería mostrarle sus condolencias, pero no sabía cómo abordar el tema, ni cómo reaccionaría Shad.

Shad se dio cuenta de que pasaría lo mismo con todos.

La mirada de Shad se posó en Elfie, al otro lado del montón de madera que estaba ardiendo, apenas visible a través del fuego. No dijo nada. Decidió aguardar un poco más, pero puede que esperara demasiado, como siempre.

—¿Te quedarás en casa de tu padre mientras estés por aquí?

—No —dijo Shad—. Estoy en la pensión de la señora Rhyerson.

—¿Pero todavía no se ha muerto?

Jake soltó otra vez esa sonrisita, sibilante y melosa. Podía poner a uno de los nervios si no se controlaba.

—Pensaba que habría muerto hace tiempo. Supongo que serás su único huésped. ¿Dónde tienes el coche?

—En el pueblo.

—¿Todavía tienes el Mustang?

—Sí —contestó Shad, a sabiendas de lo que vendría después—. Lo tenía Tub Gattling en el garaje. Le ha cambiado algunas piezas durante este tiempo, pero lo ha mantenido a punto y brillante.

—Se lo compraste a él, ¿verdad? Después de que sus otros dos dueños murieran al volante.

—Sí.

—Se habrá sentido como si uno de sus pequeñines hubiera vuelto en busca de cariño y amor. Le encanta meter mano a los coches que ha puesto a punto, arreglarlos y devolverlos al mundo real.

—Supongo que tienes razón.

Jake cambió de postura. Separó más las piernas y dejó caer los hombros inclinándose hacia delante. Era su postura para contar secretos. Uno aprendía a leer las sutilezas del lenguaje corporal.

—Todavía se puede ganar una buena pasta traficando con el licor, si es que quieres tener unos ahorros que te ayuden a volver a empezar. Luppy siempre anda buscando gente que conozca las carreteras secundarias y los senderos, y que no tenga miedo a cruzar los viejos puentes de madera podridos.

Shad bebió un sorbo de la cerveza aguada y no pudo imaginar por qué la había echado tanto de menos en los últimos dos años.

—¿Hace dos días que he salido del trullo y ya quieres mandarme de vuelta?

—Sé que nunca te ha gustado eso de trapichear con el licor, pero si necesitas dinero rápido, ya sabes. Tenlo en cuenta. No veo el Mustang. ¿Quién te ha traído?

—He venido andando.

—Estamos a unos tres kilómetros del pueblo.

—Necesitaba hacer algo de ejercicio.

Y de algún modo era cierto. Quería volver a formar parte de aquella hondonada, aunque la odiara.

Las líneas del rostro de Jake se suavizaron un momento. Shad escudriñó sus ojos y no le gustó lo que encontró. Sus dientes habían perdido parte de su brillo y le había caído el estiloso tupé. Jake retrocedió unos pasos e intentó volver a ponerlo en su sitio, hasta que por fin sonrió abiertamente.

Aun así, el estómago de Shad se tensó. El calor que sentía en la nuca flotaba en el aire como la mano de una muchacha. Uno puede apartar ciertas cosas que solo reaparecerán cuando se está dispuesto a afrontarlas, pero con otras se pueden tener serios problemas para ponerlas bajo control y apartarlas a un lado. No había tenido problemas en el trullo, pero ahora, en el pueblo, empezaba a sentir un temblor que le recorría el cuerpo.

No pasó nada más. Solo el creciente sentimiento, mientras él los miraba a ellos y ellos a él, de que el familiar abrazo que había estado anhelando no llegaría. Podía sentir cómo rotaba el mundo a su alrededor, igual que lo siente un chico cuando le cambia la voz y la vida lo arrastra al límite de la madurez. Te mueves de un lado para otro y por mucho que intentes volver atrás, nunca puedes regresar.

Parte del encanto de Jake consistía en tomarse las cosas con tranquilidad, retrocediendo un poco cuando le cambiaba el humor.

—Disfruta —dijo—. Te lo mereces. Recupera el tiempo perdido.

—No ha venido nadie a verme todavía.

—Tienen miedo.

—¿Por qué? Pensaba que era casi un héroe por la zona. Al oír aquellas palabras, Jake volvió a sonreír abiertamente aunque tenía la mirada fija en sus pies.

—Lo único por lo que la gente de por aquí ha estado en la cárcel es por trapichear con licor casero. Eres el primero que ha estado en prisión por casi matar a uno de los suyos. Por muy indeseable que sea Zeke Hester. Tienen miedo de topar contigo un mal día. Están borrachos. Y nerviosos. Creen que vas a matar a alguien.

—¿Quieren que lo haga?

—Supongo que sí. Les haría salir de su rutina. Pero ten por seguro que no te invitarán a tomar un té durante una temporada.

Jake empezó a marcharse lentamente.

—Aun así, estos son tus amigos, no lo olvides. Ve y diviértete. Nos vemos luego.

Algunos eran sus amigos, pero ninguno íntimo. Sin embargo, Shad asintió con la cabeza, dio otro sorbo a la cerveza y observó que Jake se perdía entre los demás.

Esperó a que alguien se acercara, pero nadie lo hizo. Algunos de los tipos con los que había pasado la mayor parte de su vida lo único que hicieron fue echar incómodas miradas en la dirección en la que él estaba e irse por el lado contrario. Podía entender el malestar que causaba ahora que se había convertido en algo extraño, en una curiosidad.

La cárcel no era nada nuevo para ellos, pero sí lo era pasar una temporada en una prisión federal del norte. Puede que hubieran decidido que se había dedicado a hablar con los federales y les hubiera revelado los nombres de todos los fabricantes ilegales de licor. Que él

hubiera pasado dos años fuera y que al volver no hubieran arrestado a nadie no les haría cambiar de idea. Eso daba un aliciente nuevo a sus vidas, pensar que el Gobierno iría a por ellos para exigirles los impuestos y a confiscarles el licor casero. La mayoría solamente podía sintonizar tres canales con sus viejas televisiones con antena.

Podía verlo en sus ansiosos ojos. Imaginaban cómo su compañero de celda lo había estado enculando durante los dos últimos años o cómo pasaba las horas afilando cuchillos en el almacén para luego dedicarse a cortar cuellos en las duchas.

No le importaba. Se podía estar en paz con uno mismo siempre que hubiera un punto, no importaba lo pequeño que fuera, que nadie pudiera tocar.

Shad se dio la vuelta y vio a Elfie Danforth que se le acercaba por entre las llamas mientras las sombras de los demás se proyectaban en su cuerpo. Ahora escupían licor al fuego porque nadie tenía más madera ni más ramas para hacer fuego. No tenían nada mejor, así que escupían el licor de Luppy a la vez que hacían una especie de baile y se perseguían unos a otros. No pararían hasta que alguien cayera en la hoguera.

Elfie no le ofrecía su habitual e irresistible sonrisa, pero tampoco fruncía el ceño. Un áspero y familiar cosquilleo empezó a recorrerle el pecho. Se le aceleró la respiración y empezó a frotar las puntas de sus dedos intentando deshacerse de la sensación eléctrica. Una vez, todo eso fueron signos de su cariño y sintió que una pena incontenible le inundaba el corazón.

Saltaron unas chispas que enmarcaron su contorno mientras se deslizaba hacia él con movimientos calcula-

dos, contoneando la cadera lo suficiente como para hacerle gruñir. Llevaba un jersey moderno y grueso que no ocultaba sus curvas naturales y el pelo rubio en una melena a la altura de los hombros que se movía al ritmo de sus caderas.

Su rostro seguía siendo delgado y afilado, pero le sentaba bien. Hacía que quisieras deslizar tus manos por el ángulo de su nariz, por la curva de su mentón. Los ojos de Elfie no eran excesivamente intensos, pero daban la impresión de poder llenarse de ira en un segundo y uno haría cualquier cosa por evitar que eso pasara. Entornaba los ojos al sonreír y cuando se reía movía todo su cuerpo, se estremecía y ponía la mano en la barriga como para evitar que se le saliera del sitio. Se reía a carcajadas, altas y resonantes, nada que ver con esas risillas estúpidas de algunas niñas que hacen que te preguntes si están actuando o qué andarán buscando.

Habían hecho el amor la noche antes de que lo detuvieran. Tumbado en la cama en la caravana que había al lado de la casa de los padres de Elfie, escuchaba los sauces golpear el tejado produciendo un sonido metálico que no disminuía ni un segundo. La madre lavaba los platos con una regularidad asombrosa: los platos chocando contra el fregadero, la cubertería dando estrepitosamente contra la porcelana mientras cogía una cuchara, un tenedor, un cuchillo detrás de otro, los enjuagaba, los secaba y los volvía a meter en el cajón.

El fuerte aroma del pollo al horno y el pan recién hecho se deslizaba por la ventana abierta de la caravana, justo por encima de su cabeza, e hizo que le sonaran las tripas. Elfie puso la mano sobre su estómago y le hizo un leve arañazo en el pubis mientras se sumergía en la suave

humedad de sus muslos. Cinco minutos más tarde, estaba detenido.

Ahora apenas podía controlar la necesidad de arrastrarla hacia sus brazos y esconder el rostro en su cuello.

Ella se acercó para pasarle los dedos por el pelo, pero paró de golpe como si los nuevos mechones de cabello gris fueran contagiosos.

—¡Hola, Elfie!

Y allí estaba, la sonrisa que conseguía desarmarlo. Se quedó sin aliento y solo pudo fijarse en sus perfectos dientes, en el modo como levantaba el mentón y cómo brillaba su silueta a la luz de la luna. Con espantosa lucidez se dio cuenta de que ella siempre simbolizaría esa emoción, esa tan intensa como para poder ponerle un nombre.

—No estaba segura de si volvería a verte.

—¿Pero tenías ganas de verme, o no?

Sus labios seguían con la misma sonrisa de suficiencia, pero vio cómo se ponía tensa. Hay algunas cosas que no deberían preguntarse si realmente no se quiere saber la respuesta. Al darse cuenta de la situación en la que estaban, su herida se hizo más grande.

—No estoy segura.

—No te culpo.

—Aunque te he echado de menos.

Fue bonito oírsele decir. Quería creerlo, mientras la lujuria empezaba a arraigarse en sus tripas. Volvió a sorprenderse al darse cuenta de lo débil que lo había hecho la cárcel en algunos sentidos.

Ella le cogió la mano y lo llevó lejos de los demás hasta un saliente rocoso encima del río. Él seguía viendo la pálida mano haciéndole gestos desde el rabillo del ojo y

tenía que controlarse para no darse la vuelta. Puede que hubiera llegado al límite en la prisión o puede que volver al pueblo lo estuviera arrastrando a ese límite. Solo necesitaba un empujón.

Elfie frotaba el dedo pulgar contra sus nudillos (la uña con un brillo azul grisáceo) hacia adelante y hacia atrás como si estuviera acariciando a un bebé, como lo había hecho siempre después de una pelea cuando iban al colegio. Se preguntó con quién habría estado saliendo, qué nuevos amores, reproches o penas habría encontrado por el camino. Echó la vista atrás y ojeó al grupo para ver si había algún chico mirándolos atentamente, alguien cabreado dispuesto a sacar su pequeña arma de caza del calibre veintidós del bolsillo y arremeter contra él. Pero no había nadie mirando.

—¿Has estado bien? —le preguntó, intentando no sonar demasiado estúpido.

Pero por el modo en que lo miró se dio cuenta de que sí que lo había parecido. Ella reprimió todas las preguntas que quería hacerle, llena de consternación. Su pulgar seguía acariciando sus nudillos, como si intentara meterse dentro de su piel y penetrar en su sangre. Él no tenía ni idea de cuál era la mejor reacción.

—Sí, he estado bien —dijo ella.

—Me alegro.

El viento continuaba soplando. Elfie asintió con la cabeza, el pelo se le enredó bajo la barbilla, hasta que se lo puso por detrás de las orejas. Seguía enredándose y girando por su garganta. Cada uno se obsesiona con lo que quiere.

—Estoy trabajando en la tienda de pesca de mi padre. También llevo las cuentas de un par de sitios más. La

galería de arte de Chuckie Eagleclaw, el museo de Bardley Serret y la tienda de artesanía.

Shad estuvo a punto de decir: «Los números siempre se te dieron bien». Pero consiguió callarse a tiempo. Era lo que su padre siempre le había dicho porque nunca había tenido nada mejor que decir. Shad había visto cómo Elf se había dirigido a su padre para decirle que estaba embarazada y pedirle ayuda y cómo el hombre le había respondido: «Deberías ir a la escuela de contabilidad del condado de Washtate, los números siempre se te dieron bien».

Elfie empezó a hablar de las cuentas de Chuckie y de cómo se podía eludir a Hacienda, pero Shad apenas podía oírla. La pálida mano de Mags seguía distrayéndolo.

—Todavía tengo tus cartas —dijo ella—. Son preciosas. Escribes muy bien.

—Yo también guardé las tuyas unos meses.

Oír eso la hizo detenerse.

—¿Solo unos meses?

—Bueno, alguien me las robó.

Ella lo miró de reojo. Era una reacción completamente natural. El miedo. Pensar que alguien había leído tu correo, que sabía tu dirección.

—¿De veras?

—Es lo que se hace en chirona. La peña se aburre. Yo leía muchos libros y utilizaba las cartas como marcapáginas. Solía leer tus cartas cada dos o tres días, pero al final, alguien decidió robar los libros.

—¿Sabes quién lo hizo? —preguntó.

—Claro. Un tipo al que llamaban Tushie Kline. Siempre estaba figoneando por mi litera. A Tush le gustaba crear problemas siempre que podía. Molestias, en reali-

dad, pequeñas molestias. Nada importante, solo el tipo de gilipollices que te estropean la tarde.

Ella empezó a interesarse, se echó a un lado, puede que estuviera hasta un poco emocionada y sus ojos se volvieron más serios esperando oír alguna historia sobre navajazos en la yugular.

—¿Hiciste algo al respecto?

—¿Como qué?

—¿Le hiciste daño?

Esta era la parte en la que se podía regodear y contar todo tipo de historias desagradables como colgar a alguien en las duchas con la goma de sus propios calzoncillos, prenderle fuego a alguien y cerrar la puerta de su celda o hacer un arma con un clavo, un tubo de acero y una tira de goma.

Pero decidió que el momento para los cuentos había pasado ya.

—Le enseñé a leer.

Ella apartó la cara como si la hubiera abofeteado.

—¿Qué?

—Tush robaba libros, los rompía y los tiraba por el meadero. Los odiaba porque era un analfabeto, como todos los de su familia, y la pagaba con ellos.

—Eso me suena —dijo ella.

La mitad del condado hacía lo mismo. No llevaban a los niños al colegio porque pensaban que era una pérdida de tiempo. Los ponían a trabajar en la granja o a traficar con el licor cuando tenían entre once o doce años. Los mejores contrabandistas eran los de catorce años: jóvenes, estúpidos y totalmente inmorales. Casi todo el mundo tenía algún familiar que había muerto antes de los dieciséis, que había caído por un terraplén, se había encontrado de

frente con una semiautomática, se había abierto la cabeza contra un árbol o había salido por los aires por la explosión de un tanque de gas.

Cuando se quemaba el licor, si se hacía con material de buena calidad, era algo impresionante. Las llamas ardían durante horas. Había chatarra y coches enteros chamuscados que ensuciaban los senderos de la hondonada del pueblo.

—Así que le enseñé a leer. La biblioteca de la cárcel tenía un amplio catálogo de libros infantiles del tipo de *John y la tortuga* o «*E*» de *elefante*. También había libros de secundaria. Aprendió rápido. Dejó de destrozar mis cosas y empezamos a pasar más tiempo juntos hablando de las historias que leíamos. Nos hicimos bastante buenos amigos.

La noche se cerró sobre ellos, viva y siempre cambiante. El agua lamía las lisas piedras y se oía su murmullo entre las hierbas. Había gente que seguía llevando a los gatos a ese punto dentro de un saco de arpillera y los tiraba a las aguas para que se ahogaran. Elfie se acurrucó contra él y eso le hizo recordar dónde estaba. El vaho de su respiración chocó contra su pecho.

Ella lo miró a los ojos y él echó la vista atrás y se puso a recordar que lo primero que hizo fue darle una paliza a Tush Kline. Al principio, los guardias lo animaron, pero luego tuvieron que separarlos. Se acordó de las inquietantes miradas que le lanzaban los otros presos en la biblioteca cuando luego practicaba el abecedario con Tush. Se le enganchaba la lengua por todos los rincones de la boca mientras intentaba deletrear «perro», «mamá», «arma».

Elf tenía los labios ligeramente entreabiertos, puede que esperando un beso o puede que simplemente espe-

rando ver qué haría él. Shad no estaba seguro de haber estado enamorado de ella en ningún momento, aunque habían llegado a intimar mucho. Puede que hubieran alcanzado su grado máximo de felicidad, lo más cercano a la felicidad que se podía estar en aquella hondonada, antes de que ella se quedara embarazada. Fue una sorpresa para ambos, pero también les infundió una débil sensación de alegría. Tenían algo en lo que pensar con esperanza, un nuevo significado en sus vidas que podía llegar a ser más importante de lo que nunca habían imaginado.

Shad llevaba una semana paseando por el pueblo con cara de pasmado, y cuando por fin alcanzó a comprender lo maravilloso de la situación y se hizo a la idea de que iba a ser papá, ella tuvo un aborto.

Elfie pasó llorando días enteros, hasta que su nivel de electrolitos se desplomó. Él tenía que alimentarla a la fuerza y limpiar sus constantes vómitos. Su madre los miraba por la ventana de la cocina, pero solo aparecía por la caravana para leer la Biblia, rezar o comprar compulsivamente en el canal de teletienda sin que su marido se enterara. Cera indolora para la nariz. Lubricante para la garganta contra los ronquidos. Almohada con flujo de aire ininterrumpido. Bote de quince kilos de disolvente.

Elf pasó otra semana totalmente insensible y mirando al techo. Él ya había oído historias parecidas antes, pero verla a ella allí tumbada, inerte, en silencio y moviendo los labios de vez en cuando, hizo que se cagara de miedo. Todavía más porque cuando no se autoinculpaba por lo que había pasado con el bebé, sabía que lo maldecía a él y lo odiaba con todo su corazón.

De pronto, una mañana volvió en sí y empezó a vestirse. Se puso a limpiar la caravana, y a quitar el polvo de todas las esquinas. Escudriñaba todos los rincones del suelo y ponía masilla o lo embadurnaba con el disolvente de su madre. No era necesario ser Freud para darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

Finalmente volvió a ser ella misma. Nunca más volvió a mencionar al bebé y actuaba como si no hubiera sucedido nada. Shad le seguía la corriente. Continuaron viéndose hasta que lo arrestaron, pero, al parecer, fue un alivio para los dos que la relación terminara.

Ahora él se preguntaba si habría pasado ya suficiente tiempo como para poder plantear el tema del niño. Si podría decirle todo lo que necesitaba decir. Lo apenaba tener que cargar con aquel secreto. Siempre había pensado que era una injusticia, también para el bebé, hacer como si nada hubiera pasado.

—¿Estás pensando en buscar trabajo? —le preguntó.

—No.

—Supongo que te dedicarás al trapicheo de licor como los demás.

—Me conoces demasiado bien para decir eso.

—Es lo que hacen todos. Hace unos años todavía tenían la opción de dedicarse a la granja, trabajar los campos o pescar. Pero ahora es diferente.

—¿Lo es?

—Todo se resume a fabricar licor o trapichear con él. Todos tus viejos amigos están metidos en el negocio, menos Dave Fox. Jake, Luppy Joe..., hasta Tub vende licor cuando no tiene ninguna exhibición de coches.

Mencionó más nombres en los que no había pensado desde que se marchó, que regresaban a su memoria uno

tras otro. Se dio cuenta de lo feliz que se había sentido al poder salir de aquella hondonada aunque hubiera sido para ir a la trena. Puede que todavía tuviera suficiente tiempo para hacer lo que tenía que hacer.

—No es culpa suya —dijo él—. Así son las cosas.

—¿No quieres hacer algo más?

—No he pensado demasiado en eso últimamente.

—Creía que sería lo único en lo que habrías pensado.

—Pues no deberías —le dijo. Y había más indignación en su voz de la que realmente sentía.

—Ya lo veo.

Naíf, un poco demasiado crítica, pero resuelta en sus convicciones. De algún modo le entristeció darse cuenta de cuánto había aprendido estando entre rejas y de lo indulgente que se había hecho.

—¿Por qué has vuelto? —le preguntó—. Eres uno de los pocos que ha conseguido salir de aquí.

—No conseguí salir exactamente —dijo Shad—. Estuve en prisión.

—Por ser un hombre con grandes cualidades. Te enfrentaste a Zeke Hester cuando nadie más se hubiera atrevido a hacerlo.

—Mis intenciones no eran nobles. Solo quería matar a ese hijo de puta.

—Eso es lo bastante noble por esta zona.

Y puede que en cualquier otra parte. Ella siempre sabía cómo llegar a lo más hondo de la conversación, sacarle el sentido y luego lanzártelo a la cara. Aunque no tuviera razón, nunca dejaba que le llevaras la contraria. Puede que él todavía necesitara algo de eso en su vida aunque hubiera pasado dos años esperando encontrar una relación más sencilla.

—Shad, no me has respondido.

La miró con el claro conocimiento de que fuera lo que fuese lo que una vez los había mantenido unidos había desaparecido para siempre. Podría ir en busca de aquella pasión durante el resto de sus días y nunca más volvería a encontrarla.

—¿Por qué has vuelto?

—Para averiguar lo que le pasó a Megan —dijo.

El sonido del nombre de su hermana le pareció algo sobrenatural, como un eco efímero. De pronto sintió mucha sed y miró alrededor para ver si había por allí cerca una jarra del licor de Luppy Joe Anson. De repente, sintió la necesidad de beber licor.

—Lo sentí mucho por ella.

Shad quería hacerle mil preguntas, pero no podía empezar así. El mejor modo de empezar con todo aquello era ir a ver a su padre. Todo lo demás serían rumores, habladurías y chismes.

—Eres un estúpido, Shad Jenkins.

Él se encogió de hombros y le ofreció una amplia sonrisa, esa que solía hacer que ella se inclinara hacia él y escondiera el rostro en su pecho. Ahora solo lo miraba, cautelosa y algo molesta.

—No eres la primera que me lo dice, Elf.

—No me extraña. Te vas a meter en muchos problemas por aquí. Deberías irte. Tienes que marcharte.

—Lo haré —dijo, mientras sentía las oleadas de cólera que le inundaban el cuello y los puños—, en cuanto averigüe lo que pasó con Mags.

De pronto se oyó un estallido y la hoguera se reavivó. Las arremolinadas llamas subían y bajaban. Alguien gritó y los otros rieron mientras seguían lanzando chorros de licor al fuego.

Shad vio unos brazos girando y agitándose, cubiertos de rojo y pensó que alguien estaba sangrando, pero pronto se dio cuenta de que era alguien cubierto en llamas intentando quitarse los puños de la chaqueta. Era Jake Hapgoog con el relamido pelo chamuscado. Becka Dudlow, la esposa del reverendo estaba a su lado, cuidándolo y se lo llevó hacia la oscuridad mientras el humo le salía por el cuello.

—Shad, aquí acabarás muerto —dijo Elfie.

—Lo sé —contestó él.

Como si eso importara. Como si alguno de ellos pudiera elegir.

La locura flotaba en el aire, buscándolo.